

Recuperación de un sugestivo universo narrativo

Nicolás Miñambres

Es difícil hacer una valoración original de la narrativa de Antonio Pereira. El autor ha desmenuzado con su gracejo habitual los misterios de la génesis narrativa en la medida en que éstos se le han hecho presentes en algún momento. Antonio Pereira confiesa su deuda con aquellos espacios y tiempos de la infancia, lejanos ya, a los que la nostalgia y el paso del tiempo han mitificado. Las charlas en la ferretería de su padre son para el escritor parte esencial del germen de su narrativa. Curiosamente, no fue el relato breve la primera actividad literaria del escritor villafranquino: la poesía y la novela los precedieron en el camino literario. Sin embargo, el relato breve acabó por adueñarse de las preferencias creativas.

El relato breve ha pasado a convertirse en el río que recibe todas las influencias y muestras del pasado. Si surgió como mimesis de una oralidad popular, la trayectoria personal y profesional del escritor han ido haciendo más compleja su forma literaria. Porque si es cierto que Pereira pasa por ser un provinciano del Oeste, no puede olvidarse en él su condición de cosmopolita. Y si aprendió a contar escuchando a sus paisanos mayores, las lecturas de Pereira son de una amplitud casi inabarcable. Poco importa que él lamente que tales lecturas hayan profanado su candor primero. Tal profanación resulta salutífera.

Los factores apuntados explican la abundancia y originalidad de un mundo narrativo compuesto por relatos de variada condición y técnica. Los cuatro bloques que integran esta selección personal del escritor sirven de orientación para con los estratos que la integran, sin que falten aportaciones inéditas.

En estos relatos está todo Pereira y todos sus secretos. Su ironía contenida, su manejo del estilo oral, su delicado y sutil erotismo y, sobre todo, su visión del mundo. Recordado, compartido, viajado, vivido..., el mundo de Pereira se transforma en escenarios diversos, como diversos resultan los recursos de sus narraciones. Desde la extensión considerable de «El asturiano de Delfina» (uno de los más evocadores para quien escribe estas líneas) hasta la extremada sutileza y brevedad de «Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos perdidos». En el segundo late una bella y desangelada alegoría del misterio de la creación, sensible a cualquier brizna de frialdad. Y entre ellos... el símbolo de los inesperados desenlaces de tantos relatos:

junto a «El apartamento» (portador de esos mundos que, rutilantes en su superficie, esconden tristezas sin cuento) habrá que recordar la jocosa y descoyuntada situación descrita en «Palabras para una rusa». Resulta oportuna la edición de este completo corpus de relatos breves. A través de ellos, el lector puede redescubrir el placer de la lectura en textos que nunca abruman por su complejidad. Elaborados por la sensibilidad de un escritor que conoce bien su oficio, presentan una variada interpretación del mundo, sólo posible desde una peculiar visión del ser humano. Son esos avatares que, adensados en forma de metáfora, sirven de alivio a no pocas tribulaciones.